

sentimientos de aquel pueblo hermano, con una pureza de conceptos que encanta, con una armonía en la frase que seduce y un hábil manejo del endecasílabo, Peza, como la más culminante prueba de su numen, tiene la composición *A mi padre*, que nunca será leída sin emoción: en todos los seres se da por igual eso vago y misterioso que nos hace ver somos sólo los eslabones de una cadena y que subsistimos por el punto de apoyo que nos presta aquel que nos antecede. Las relaciones que podemos entablar en el mundo, cabe mirarlas desde distintos puntos de vista, pero las que podemos llamar preexistentes á nuestra vida, tienen sello característico, algo para lo que no hay palabras que sirvan de expresión: como hijos nos conmueve á todos; al poeta le lleva á pulsar la lira; el artista inspirándose en ello mueve los colores en la paleta y agita en las ondas sonoras las más delicadas armonías que pueden hallarse en la lira universal que se llama corazón. De ella la cuerda más delicada, pulsa con esmerado arte y exquisito sentimiento, hizo brotar la composición de que tratamos, bastante á recordar para siempre á dos seres, que de consuno han labrado la inmortalidad de un nombre. Lo tierno del afecto, no excluye la severidad de justo y sabio precepto que tiende á formar un sér para Dios, para la patria, para sus semejantes, y se advierte en ella la unción mística del consejo bíblico, expuesto con el varonil acento hijo de la seguridad

de miras que se adquiere con la experiencia.

Las tres primeras cuartetos forman un acabadísimo retrato, bastantes á dar á conocer á un hombre del que se dice:

Yo tengo en el hogar un soberano,
Único á quien venera el alma mía;
Es su corona de cabello cano,
La honra su ley, la virtud su guía.
En lentas horas de miseria y duelo,
Lleno de firme y varonil constancia,
Guarda la fe con que me habló del cielo
En las horas primeras de mi infancia.
La amarga proscripción y la tristeza
En su alma abrieron incurable herida;
Es un anciano, y lleva en su cabeza
El polvo del camino de la vida.

Y si con esto basta para que lo conozcamos físicamente, en lo moral sabe revelar también de una manera perfecta al que nos parece ver agobiado por el peso de las desventuras, sangrando los piés por las heridas que le abrieron las espinas de las tortuosas sendas del mundo; al hombre sobre cuya cabeza pesan ya las blancas nieves que el implacable tiempo deposita y que ningún sol fundirá, cuando da los consejos con que le alienta y que no sólo por probar la maestría del poeta, sino también por lo mucho que pueden servir á todos, transcribimos aquí

Haz el bien sin temer el sacrificio,
El hombre ha de luchar sereno y fuerte,
Y halla quien odia la maldad y el vicio
Un tálamo de rosas en la muerte.

Si eres pobre, confórmate y sé bueno;
Si eres rico, protéje al desgraciado,
Y lo mismo en tu hogar que en el ajeno
Guarda tu honor para vivir honrado.
Ama la libertad, libre es el hombre
Y su juez más severo es la conciencia;
Tanto como tu honor guarda tu nombre,
Pues mi nombre y mi honor forman tu herencia.

Poetizar de la naturaleza y de sus encantos, de la calma con su placidez, de la borrasca con sus luchas, del amor que nos hace hender el espacio hasta llegar al trono de Dios, ó de los odios que nos conducen hasta los antros sombríos, es fácil porque en todo y sobre todo ello se agita el sentimiento engendrador de las ideas, cuyas formas tienen siempre algo que seduce y atrae, aun creemos fácil poetizar de los derechos con que un sér se cree, pues éstos constituyen aspiraciones que cuando no nos elevan nos exaltan; pero poetizar del deber imperioso, más fuerte aun que el impuesto por la ley, del deber coexistente con nuestra propia conciencia, que á él nos debe llevar, es harto difícil, porque éste cae bajo el exclusivo dominio de la razón fría y serena á quien sientan mal las gasas ligeras con que se visten las hijas de Apolo; pide más bien el pesado ropaje de las severas matronas, razones porque es más de admirar esta composición. En toda ella se advierte algo de santo y patriarcal que hace que al pensamiento acuda el recuerdo de aquellos felices tiempos en que la familia, elemen-

tal representación de la sociedad, tenía un valor que hoy por desgracia va perdiendo y que en el período de armonía que debe darse en la sucesión de las edades será una de las cosas más dignas de censura en la progresiva época que alcanzamos. Sí, no nos cansaremos de recomendar esta composición por los relevantes méritos que atesora, tanto por lo que á su forma atañe, como por lo que su fondo representa, y más de una y más de cien veces hemos leído los versos últimamente citados, ansiando decir como el poeta:

Este código augusto, en mi alma pudo,
Desde que lo escuché, quedar grabado:
En todas las tormentas fué mi escudo,
De todas las borrascas me ha salvado.

Profesión de fe que tanto vale para aquellos á quienes poco importan los méritos de los difuntos y que ven en el hombre algo más que la fortuna material, que como la onda se va y viene sin voluntad propia, sino merced al favorable ó adverso aire que la mueve.

En todas las tormentas fué mi escudo,
De todas las borrascas me ha salvado.

Este dístico ansiamos, que con respecto á él sea una eterna verdad. Los hombres en la vida atravesamos por situaciones, en las cuales para poder seguir adelante es necesario ¡extraño contraste! replegarse en el pasado, envol-

verse en la densa nebulosa que forma el tiempo, embriagarse en el recuerdo de la dicha de otros seres, de las proezas de los héroes, de la belleza ideal, dado que por cualquier parte que la acerquemos á nuestros labios, la copa de nuestro destino resulta amarga como la hiel y repugnante como lo más que nos haga apartar la vista con horror. En el mar de la vida, las tormentas no se dejan sentir de aquellos para quienes el mundo está poblado pero *¡vae soli!* dijo el Eclesiastés, y ¡ah! de aquellos para quienes el bullicio del mundo es menos animado que un cementerio! En la existencia, las borrascas pasan sin ser notadas por el que se siente ayudado; mas todos sus furores se multiplican para el que siente que todos le empujan á la desdicha, en que no cabe ni aun la esperanza.

En el insondable abismo que constituye el corazón humano, donde apenas nada se descubre, ni se advierte, hay un punto luminoso, digámoslo así, algo que se presiente y que como inevitable se espera, como ansioso se aguarda de la flor el perfume, del agua la transparencia, de las aves el trino, porque sin saber cómo ni cuándo, en ese punto del organismo físico, que lo es al mismo tiempo de la sensación psíquica, alguien depositó el misterioso germen de una pasión sublime que necesariamente se ha de revelar en el hombre, como por la acción se revela la vida. Tarde ó temprano llegará un día en que el sér experimente una ansiedad que nada sacie, que le haga melan-

cólico en medio de la alegría, que le cree un mundo fantástico donde floten las visiones, porque nada tan admirablemente creador como el amor que todo lo llena. El artista, en la acepción general de la palabra, manifiesta siempre en sus obras la aparición de este sentimiento, y lo revela con las dulzuras ó con los amarguísimos dolores que le haga experimentar; cuando inspira, se ven en las creaciones más luz ó más sombra, más melodía ó menos, más brillantez ó mayor opacidad, de todo lo cual pueden hallarse comprobantes que jamás desaparecerán, pues llamadas á lo eterno están la capilla Sixtina con los dolores que por Vitoria Colonna sintió Miguel Angel, la indecible dicha que para sus vírgenes sorprendió Rafael en los ojos de la Fornarina, la amargura de Espronceda en los versos de su elegía grandiosa, que parece estar escrita con la sangre que brotó de la llaga que abrió en su corazón el desengaño, y la cruenta tortura que se advierte en las melodías de Beethoven, porque el amor es algo que imprime carácter á todo lo que se realiza bajo su acción. Caprichoso como subjetiva condición y vario en sus manifestaciones, hay que sorprenderlo en la idea aislada, en el giro no previsto, en la forma que nunca soñamos pudiera presentarse; y que cierto es esto, podemos verlo estudiando dos composiciones del inspirado vate que nos ocupa. Líricas ambas pertenecen á clases tan distintas la una de la otra, como distinto es lo

grave que induce á pensar y lo cómico que nos lleva á reir.

Nieve de Estío y *Un Consejo de Familia* son producciones que por sí solas acreditarían de poeta y de poeta de primer orden á Juan de Dios Peza, aunque más frutos no se hubieran recogido aún de su privilegiado talento; pero teniendo por dicha algunas más con que compararlas, podemos decir que sobresalen porque los encantos de sus pensamientos seducen y halaga la maestría en el decir, que poco en verdad puede haber mejorado durante el tiempo que acá en la patria de Cervantes ha vivido. Lo que con más amor nos lleva á los estudios que sobre poetas mexicanos hacemos y más nos hace sentir que carezcamos de méritos para apreciarlos como deben ser apreciados, y estar faltos de palabras para alabarlos, que por más que anhelamos, no hallamos por nuestro mal, es que se hallan escritas en este idioma venerando que hablan nuestros padres y en el que deseamos escuchar las súplicas, los amores y hasta las imprecaciones; porque entendemos que ninguno más apto ni adecuado para que nos conmovamos dulcemente si á nosotros se dirigen los primeros, ó aterrorice el remordimiento á nuestra conciencia si por desgracia nos hacemos acreedores á las segundas, y nos seduce y halaga ver que mas allá de los mares, en apartadas regiones muy distantes de esta tierra de que tantas glorias pueden cantarse, hay pueblos en los que seremos entendidos si

la suerte propicia ó adversa, allá nos lleva, y nada en ellos podremos echar de menos, pues hermanos sus cielos por la pureza de sus azules mantos, lo son los hombres por el sentimiento y por el idioma en que con sin par igualdad expresan sus pensamientos. En ambas composiciones, cuyos títulos dejamos enunciados, la bella y rica forma corresponde perfectamente á su fondo; una mujer, morena, de hermosos ojos negros y negros cabellos también con los que podría cubrir las formas esculturales de su cuerpo, haciendo brillar más la tersura de su cutis blanco mate y el purpúreo rojo de sus incitantes labios, ama, y con tal vehemencia, que bien la iconografía podría tomarla, como perfecta representación de la pasión amorosa si en la realidad se hallara tal como el poeta la describe: esta mujer que sueña con su amante y que quisiera adivinar su pensamiento, siente temor que la atosiga, al encontrar en su cabellera de ébano, plateada hebra que, efectos de la edad no puede ser, y que le lleva á discurrir sobre cuál será la causa de aquello. Este es el fondo de la composición en la que, con exquisito sentimiento, parece haber sorprendido el poeta todas las turbaciones y temores de un corazón femenino, que se acongoja y padece, considerando que puede faltarle el amor de sus amores, la vida de su vida, pues el amor es á la mujer lo que el alma al cuerpo, lo que el perfume á la flor; quitad á la mujer el amor y

dejaréis la estatua construída de pesada materia, que en inestable equilibrio, constituye una amenaza para cuanto le rodea: en toda la poesía se advierte gran riqueza de imaginación, una pureza de detalles asombrosa, que da lugar á creer que no es ella más que el molde donde se ha vaciado la confianza de una de esas mujeres que tienen madrigales en los labios y poemas en los ojos; mujeres que saben hacer de sus caprichos leyes y que sin duda han existido en todos los tiempos; mujeres que enamoras hasta el fondo del alma, quieren agrandar siempre y que en su loco anhelo crean defectos á las cosas más pequeñas, y por todo vierten lágrimas que, humedeciendo sus mejillas, las hacen parecer rosas que han recogido las líquidas perlas que se forman con el llanto de la aurora. Podríamos limitarnos á decir de esta composición que es sobresaliente: mas en el temor de que tal calificativo se dude, presentaremos en su apoyo algunas cuartetas, en las que su fondo y su forma manifiesten de un lado la delicadeza de sentimientos del poeta y de otro la maestría en el manejo de habla castellana.

Interesante y tierno dice al comenzar:

Como la historia del amor me aparta
De las sombras que empañan mi fortuna,
Yo de esa historia recogí esta carta
Que he leído á los rayos de la luna.

La carta revela, como hemos dicho, el mal-

hadado encuentro que aquella mujer, que se confiesa caprichosa desde luego, tuvo al ver una cana perdida entre los negros rizos que forman esplendente marco á su agraciado rostro, y tras aquella otra y otras que le hacen exclamar:

¿Por qué se pone mi cabello cano?
¿Por qué está mi cabeza envejecida?
¿Por qué cubro mis flores tan temprano
Con las primeras nieves de la vida?
No lo sé. Yo soy tuya, yo te adoro,
Con fe sagrada, con el alma entera;
Pero sin esperanza sufro y lloro.
¿Tiene también el llanto primavera?

Manifiesta luego celos que le hacen sufrir mucho, y como quien intenta la última y decisiva prueba, le envía un rizo de blancos cabellos, contraste punzante de lo que da más realce á sus encantos, y queda consolándose con lo que más alegría hace llegar al fondo de su alma; con esa ternura infinita de la mujer enamorada que propone la antítesis para provocar lo que la anime, dice:

¿Serán para tu amor mis canas nieve?
Ni á suponerlo en mis delirios llevo.
¿Quién á negarme sin piedad se atreve
Que es una nieve que brotó del fuego?
¿Lo niegan los principios de la ciencia
Y una antítesis loca te parece?
Pues es una verdad de la experiencia:
Cabeza que se quema se emblanquece.

Y tras una nueva manifestación de su amor,